

En las ocho que continúan siendo de precepto, sea más diligentes en su observancia, extirpando en derredor nuestro los abusos que se han ido introduciendo. Con mayor razón esforzados en ser fieles y aun esmerados en la guarda del Domingo, día exclusivamente del Señor.

Después de haber tomado parte activa, como ya sabéis, en el espléndido y sin igual Congreso Eucarístico de Madrid, nuestra fealdad nos ha traído a los pies del Sumo Pontífice. Desde esta Eterna Ciudad, cuyos auras son siempre dulces, aun cuando, como ahora, la peste nos reconverte la ira Divina, tenemos el placer de enviaros nuestra Bendición Pastoral.

Se leerá este Edicto en todas las Iglesias, Capillas y Oratorios de Nuestra Diócesis, el primer día festivo después de recibida.

Dado en Roma, fuera de la Puerta Flaminia, el día de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de agosto de 1911.

† IGNACIO,

Obispo de San Luis Potosí.

NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTE DE OCA Y BARRIOS

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ, PRLADO

DOMESTICO DE SU SANTIDAD

Y ASISTENTE AL SILLIO

PONTIFICIO

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO

Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESIS.

CARTA PASTORAL

ANUNCIANDO SU JUBILEO

VENERABLES HERMANOS SACERDOTALES:

El día 1º del próximo marzo hará cincuenta años que ofrecimos por primera vez el augusto sacrificio de la Misa, sobre el sagrado cuerpo del Santo de nuestro nombre, Ignacio de Loyola. Teníamos intención de celebrar este fausto aniversario, tranquilamente, como hace veinticinco años, en la misma Roma en que pasamos la mitad del primer período de nuestro sacerdocio, antes de ser promovido al episcopado. Pero apenas quedamos en la Santa Ciudad, tres de nuestros nobles colegas de la Academia Eclesiástica, y de nuestros ilustres amigos que asistieron a nuestra ordenación el 26 de febrero y a nuestra primera Misa el día siguiente, y nuestro jubileo, más bien que de regocijo, habría sido ocasión de fúnebres recuerdos. Preferimos, por tanto, por medio de vosotros, que si no presenciarais nuestros primeros pasos en el sacerdocio, sí habéis sido testigos de nuestras labores, durante nuestra larga carrera episcopal.

Esta empezó tan temprano, que casi se confundía con nuestra vida de sacerdote. Ocho años apenas habían transcurrido desde que-

CARTA PASTORAL

ANUNCIANDO SU JUBILEO

SACERDOTAL

NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA

OBISPO DE SAN LUIS POTOSI, PRELADO

DOMESTICO DE SU SANTIDAD

Y ASISTENTE AL SOLIO

PONTIFICIO

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO

Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESI.

SALUD Y BENDICION.

Tal celebracion será exclusivamente religiosa. No esperamos ahora la serie de fiestas, ni de agapes cristianos, que con nuestro primer jubileo episcopal, LA FRIGOSIDAD de esta (como la ha apellidado cierto ingenio) que despues de haber desahogado la entrada de Jesus en Jerusalem, nos impide celebrar

VENERABLES HERMANOS E HIJOS NUESTROS:
El día 1º del próximo marzo hará cincuenta años que ofrecimos por primera vez el augusto Sacrificio de la Misa, sobre el sagrado cuerpo del Santo de nuestro nombre, Ignacio de Loyola. Teníamos intención de celebrar este fausto aniversario, tranquilamente, como hace veinticinco años, en la misma Roma en que pasamos la mitad del primer período de nuestro sacerdocio, antes de ser promovido al episcopado. Pero apenas quedan en la Santa Ciudad, tres de nuestros nobles colegas de la Academia Eclesiástica, o de nuestros ilustres amigos que asistieron a nuestra ordenación el 28 de febrero y a nuestra primera Misa el día siguiente, y nuestro jubileo, más bien que de regocijo, habría sido ocasión de fúnebres recuerdos. Preferimos, por tanto, permanecer en medio de vosotros, que, si no presenciásteis nuestros primeros pasos en el sacerdocio, sí habéis sido testigos de nuestras labores, durante nuestra larga carrera episcopal.

Esta empezó tan temprano, que casi se confunde con nuestra vida de sacerdote. Ocho años apenas habían transcurrido desde que-

NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y ORRAGON
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA
 OBISPO DE SAN LUIS POTOSI, PRELADO
 DOMESTICO DE SU SANTIDAD
 Y ASISTENTE AL SOLIO
 PONTIFICIO

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO
 Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESI.

SALUD Y BENEDICION.

VENERABLES HERMANOS E HIJOS NUESTROS:

El día 1º del próximo marzo hará cincuenta años que efectué por primera vez el sagrado sacrificio de la Misa, sobre el altar de nuestro templo de la Santa Cruz, en la ciudad de San Luis Potosí. Teniendo presente la intención de celebrar este aniversario, grandemente, como hace veintinueve años, en la misma Roma en que pasamos la mitad del primer período de nuestro sacerdocio, antes de ser promovido al episcopado. Pero apenas quedaban en la Santa Ciudad, tres de nuestros nobles colegas de la Academia Eclesiástica, o de nuestros ilustres amigos que asistieron a nuestra ordenación el 28 de febrero y a nuestra primera Misa el día siguiente, y nuestro jubileo, más bien que de regocijo, habla al corazón de fineras recuerdos. Preferimos, por tanto, permanecer en medio de vosotros, que, si no presenciadais nuestros primeros pasos en el sacerdocio, al habéis sido testigos de nuestros labores, durante nuestra larga carrera episcopal.

Esta época tan temprana, que casi se confunde con nuestra vida de sacerdote. Ocho años apenas hablan transcurrido desde que

el Cardenal Patrizi, Vicario entonces de Su Santidad, nos impuso las manos en la archibasílica de San Juan de Letrán, cuando el mismo agosto Pontífice Pío Nono, ungió nuestra cabeza con el Óleo Santo confiriéndonos la plenitud del sacerdocio. Casi se juntan las fechas de los dos aniversarios, y hemos querido celebrarlos el mismo día, porque también el de nuestra consagración presenta un aspecto muy singular.

No es jubileo de oro ni de plata, como suele decirse; pero es el término de un período místico en la carrera episcopal, que pocos alcanzan: es el aniversario 42º de nuestra consagración. En este número de años, igual al de las estaciones o acampamentos de los Israelitas en su peregrinación de cuarenta años por el Desierto, consideran los intérpretes simbolizadas las diversas y azarosas jornadas de un largo pontificado, después de las cuales sólo resta el paso del Jordán y la entrada en la tierra prometida. Esta consideración nos movió, igualmente, a permanecer entre vosotros y a daros el último adiós. Tardaremos más o menos en vadear el místico río. Pasaremos ocho días u ocho años antes de penetrar en la celestial Jericó. Pero es indudable que nos encontramos muy cerca, y es justo imitar a nuestro adorable Redentor, celebrando en medio de la grey que nos ha encomendado, la última Cena.

Tal celebración será exclusivamente religiosa. No esperéis ahora la serie de fiestas, ni de ágapes cristianos, que señalaron nuestro primer jubileo episcopal. La PRECOCIDAD de este año (como la ha apellidado cierto ingenio) que después de iniciar desde el 5 de febrero el ayuno cuadragesimal conmemora el 16 de marzo la entrada de Jesús en Jerusalén, nos impide convidar a nuestros Hermanos en el episcopado, y aun a nuestros párrocos foráneos, a acompañarnos en los días de nuestro doble aniversario. Casi no tendrían tiempo de regresar a sus diócesis y parroquias antes de la Semana Mayor.

Convocaremos, por tanto, solamente al clero y a los fieles de la ciudad, a que formen en derredor de su Prelado brillante corona al ofrecer el Santo Sacrificio el 1º de marzo en memoria de su primera Misa, hace cincuenta años, de su consagración hace cuarenta y dos. No deseamos tampoco hacer ni recibir más que regalos espirituales en esos días de regocijo jubilar, pero también de eterna despedida, y Nós mismo os haremos por nuestra parte dos ricos presentes.

Hace año y medio, como sabéis, adquirimos un hospital, que aunque ya contenía un número de enfermos, que hemos conservado, estaba todavía en embrión por lo que toca al edificio material. Hemos trabajado constantemente en su ampliación, y en los días

el Cardenal Patriarcal, Vicario entonces de San Salvador, las manos en la archiepiscopal de San Juan de Letrán, el mismo augusto Pontífice Pío Nono, ungió nuestra cabeza en el día santo confirmando la plenitud del sacerdocio. Y juntas las fechas de los dos aniversarios, y hechas estas cosas, presentamos el mismo día, porque también el de nuestra fundación presenta un aspecto muy singular.

No es jubileo de oro ni de plata, como suele decirse; el término de un período místico en la carrera episcopal, que se alcanza: es el aniversario 25.º de nuestra fundación. Este número de años, igual al de las estaciones o novenas de los Israelitas en peregrinación de suertes en el desierto, consideramos los intérpretes simbólicos de la vida azarosa, jornadas de un largo pontificado, después de las cuales sólo resta el paso del Jordán y la entrada en la tierra prometida.

Esta consideración nos movió, igualmente, a permitirnos y a daros el último adiós. Terminationes más o menos de un año, pasaremos ocho días u ocho años de peregrinación en la celestial Jericó. Pero es indudable que nos encontramos en un punto de vista muy cercano, y es justo imitar a nuestro adorable Señor, que se levantó en medio de la grey que nos ha encomendado, la última Genes.

La celebración será exclusivamente religiosa. En esta hora la serie de fiestas, ni de días cristianos, que con nuestro primer jubileo episcopal, la PRECOGIMUS de este año (como la ha apellidado cierto ingenio) que después de la fundación el 5 de febrero el ayuno cuaresmal comienza el 16 de marzo la entrada de Jesús en Jerusalén, nos impide celebrar a nuestros Hermanos en el episcopado, y aun a nuestro querido párroco, a acompañarnos en los días de nuestro deber. Así no tendrán tiempo de regresar a sus diócesis y parroquias antes de la Semana Mayor.

Conoceremos, por tanto, solamente al cielo y a las almas de la ciudad, a que formen en derredor de su Prelado, como en el ofrecer el Santo sacrificio el 1.º de marzo, en la noche de su primera Misa, hace cincuenta años, de su consagración. No deseamos tampoco hacer ni recibir en esos días de regocijo jubilar, que los gallos espirituales en esos días de regocijo jubilar, también bien de eterna despedida, y nos mismo os haremos presentes de los ritos presentes.

Hace año y medio, como sabéis, adquirimos un pariente, cuando ya contábamos un número de enfermos, que para ser curados, estaba todavía en embrión por lo que tocó al espíritu. Hemos trabajado constantemente en su ampliación, y en los días

jubilares inauguraremos, entre otros departamentos, el SANATORIO DE ALTA DISTINCION. Creemos que la caridad bien ordenada debe ejercerse no sólo en los pobres de solemnidad, sino en los de las clases sociales más elevadas, que han menester de asistencia médica y quirúrgica muy esmerada, unida a las comodidades a que están acostumbradas. Esto es lo que nos proponemos proporcionarles, haciéndoles perder el natural horror que entre nosotros inspira todo hospital.

Hace 17 años os presentamos nuestra Iglesia Catedral vestida de gala, renovada por completo, y ricamente decorada con motivo de nuestras bodas de plata. Hace dos, para conmemorar el centenario de la independencia, la coronamos con elevada torre que aumentó su belleza exterior. Ahora nos proponemos inaugurar en sudoroso recinto, los dos marmóreos monumentos cuya construcción se ha llevado a cabo a vuestra vista. El primero se ha levantado en honor de nuestros ilustres predecesores, en el lugar que encierra hace tiempo sus mortales despojos. El segundo está destinado a servir de pabellón a nuestro lecho mortuario; o si los ha dos fuesen adversos más allá de la tumba, a ser el cenotafio, cuya urna vacía proclame nuestro amor a vosotros, y el deseo que nos habrá animado hasta el último suspiro, de dormir el sueño eterno en donde acostumbrábamos en vida celebrar el incruento sacrificio; a que aludimos, como Corporación de Damas Católicas, para ejercer sobre la sociedad la influencia que en estos momentos. En cambio, os hemos pedido dos regalos que ya nos habéis concedido. Hace varios años, que después de mil inútiles tentativas para conservar y reparar el derruido templo de Matehuala, fuerza nos fué ordenar su completa demolición. La fábula y la historia nos suministran muchos ejemplos de la intervención que en las grandes empresas han tenido, como instrumentos de la Divinidad, las aves del cielo. Una paloma mostró a los Argonautas el modo de pasar sin detrimento por las terribles "Simplégades". Otra paloma indicó a Noé el modo y oportunidad del arriesgado desembarque después del Diluvio. Así a nosotros, una ave de variados colores nos señaló al arquitecto destinado a iniciar la construcción del templo más artístico, más perfecto, más suntuoso que tendrá no sólo nuestra diócesi, sino la mayor parte de las que forman nuestra República.

Recordamos con fruición estos hechos, que ya van olvidándose. Ingentes sumas se han invertido en la colosal empresa; y los fieles empezaban ya a desmayar, cuando reanimados por la voz y el ejemplo del Pastor, cobraron nuevas fuerzas y le ofrecieron como presente jubilar, terminar para el próximo marzo, la segunda nave del grandioso templo. Igualmente se nos ha ofrecido inaugurar en idéntica fecha el nuevo Hospicio para ancianos, que bajo la égida de la Iglesia, se está levantando a gran prisa.

Entonces fué precisamente cuando sobre más vigor que nunca la Coneste cambio de místicos dones nos contentamos; y únicamente como recuerdo y último adiós, MNEMOSYNON POSTREMUMQUE VALE hemos ofrecido a todos y cada uno de los miembros de nuestro clero,